

la adulación — es que usted no estuviese enterado y le cogiera de sorpresa.

— ¿Enterado? Sí, algo lo estaba, porque mi sobrino ha dicho y ha hecho delante de mí cosas que revelaban bien su idea... Conque, deje usted correr los sucesos y no se apure por adelantado.

Y con una palmadita en el hombro y una broma final, despidió al alcalde, quien salió de la casa, si no tranquilo del todo, confiado en que don Vicente conjuraría *el conflicto*.

■■■■■■■■■■

XLV

Quien ahora estaba intranquilo era don Vicente. No le preocupaba mucho la cosa en sí, aunque su temperamento pacífico, su táctica social, habilidosa y suave, le hicieran poco simpáticos todos los movimientos que llevaran, más ó menos explícito, un sentido de imposición. Su experiencia de la vida le había dado á conocer una verdad innegable: la de que se consigue más pronto y con menos esfuerzo pidiendo amistosamente, como un favor, aun lo justo, que enseñando los puños desde el primer momento; y utilizaba esta enseñanza en favor de sus protegidos con habilidad suma, sin creerse rebajado por aquellas gestiones en que hacía servir á sus propósitos humanitarios las mismas pasioncillas y vanidades de gentes á quienes, en su fuero interno, despreciaba, ó de quienes se reía en secreto.

Esta experiencia concordaba admirablemente

con el carácter del anciano, de una serenidad á toda prueba que le permitía dormir de un tirón siete horas, no obstante su edad avanzada, cualesquiera que fuesen las preocupaciones de la vigilia. Su actividad incansable, que daba la impresión de un genio vivo, inquieto, se compensaba por aquella facilidad del reposo nocturno y aquel equilibrio de su ánimo, tan firme que reducía pronto á los más alborotadores.

No dejaba, pues, de temer que su obra de tantos años, aquel ritmo suave en que se movía y fructificaba su tutela sobre Villamar, quedase destruido por un impulso demasiado enérgico, quizá imprudente y de muy probable fracaso; pero lo que sobre todo le intranquilizaba era la actitud de Juan. Chocábale la reserva que con él había tenido en asunto de tanta monta; temía que todo ello fuese un síntoma de haberse reproducido en el joven aquella irritación (neurasténica, á juicio de don Vicente) adquirida en Madrid; y maravillábase que, tras algunos meses de vida campesina en un medio tranquilo que, en su opinión, sólo encerraba elementos sedantes, pudieran volver excitaciones hijas de una manera de vivir muy diferente. Era preciso hablar con Juan, estudiar las condiciones de aquella recaída, medir lo profundo de la llaga, para aplicarle un buen régimen curativo. Esto era lo más importante, lo que convenía atender en primer término.

No pudo, sin embargo, verle hasta la hora de comer. Juan había salido muy temprano sin que

se supiese adónde. En el pueblo no le vieron en toda la mañana.

Durante la comida estuvo distraído, nervioso, muy parco de palabras, y apenas terminados los postres, se levantó con ánimo de salir.

— Espera un poco — le dijo don Vicente. — Tengo que hablar contigo un momento. Bajemos al despacho.

Juan adivinó al punto el motivo de aquella entrevista y se puso en guardia. Suponía que don Vicente estaría quejoso de su silencio; y efectivamente, por aquí empezó el anciano.

— ¿Cómo eres tan reservado, hombre? — dijo apenas se vieron solos. — Tienen que venir los de fuera de casa á decirme lo que proyectas y, francamente, me ha humillado algo eso de no saber yo nada...

— No se ofenda usted, tío—interrumpió Juan.— En primer término, yo pensaba que los sucesos no le cogiesen á usted de sorpresa. Hoy mismo quería hablarle y usted se me adelanta. Dirá usted que antes debía haber hablado. No. Expondré mis razones. Usted tiene en Villamar, respecto de las gentes, una posición muy definida que podría desnaturalizarse ó sufrir perjuicio de comprometerla, aunque sólo fuese de un modo indirecto, én estas gestiones en que me he metido y cuyo carácter difiere mucho de la manera ordinaria de proceder que usted tiene. Si hay fracaso, que sea sólo mío y quede á salvo, íntegra, la respetabilidad en que se apoya esa tutela admirable que usted ejerce...

— Perdona — interrumpió á su vez el anciano, — pareces hablar como si yo estuviera conforme con lo que haces, único caso en que me alcanzarían los efectos. Pero ¿qué sabes tú?

— Verdad es. Sino que aun en el supuesto de que no estuviera usted conforme... es decir, yo no puedo creer que á usted le parezca mal la idea matriz de la campaña emprendida...

Don Vicente sonrió.

— Bueno, supongamos que me parece bien — dijo. — ¿Entonces?

— Queda la cuestión de procedimiento, en que no sé si diferiremos, pero que resueltamente me parece inconveniente para la representación de usted aquí, que hay que salvar por encima de todo.

— Concedo. Pero todavía no me resulta justificado que no me hicieses saber tu idea. Conforme ó no con tu procedimiento, participando poco, mucho ó nada de tu acción, algo hubiera podido servirte mi experiencia de esta vida aldeana, de esta gente, de los factores que van á jugar en la lucha que inicias.

Juan se sintió cogido. Sospechaba que don Vicente no veía, en todas aquellas razones, más que lo que eran en rigor, subterfugios ingeniosos, y le veía ir derecho á evidenciar la falta de confianza de que había empezado quejándose. Trató de contestar por medio de alguna sutileza que le dejara á salvo ó, por lo menos, que ocultase los verdaderos motivos de su reserva. Pero el anciano no le dió tiempo. Iba tras otro fin del que Juan

presumía y le pareció momento oportuno para dirigirse á él.

— Dejemos esa cuestión — dijo. — Ya comprendes que, queriéndote como te quiero, mi queja no envuelve enfado, sino que, quienes como yo, están cerca de dejar este mundo, se vuelven algo celosos y absorbentes en punto á los suyos, cuya intimidad necesitan en todo momento y para todas las cosas. Dejemos también la cuestión de mi conformidad ó disconformidad, que trataremos después, si te interesa. Ahora, mi deseo es que miremos la cosa desde otro punto de vista. Quiero hablarte como médico.

Juan hizo un movimiento de extrañeza, que para don Vicente no pasó inadvertido.

— Como médico — afirmó nuevamente. — Tú has venido aquí para curarte, para restablecer el equilibrio de tus nervios, para encontrar el reposo que esa endiablada vida madrileña jamás hubiera podido darte. Apenas llegado, el medio empieza á producir su efecto. Te serenas, recobras la alegría, encuentras placer en los espectáculos naturales, en las costumbres pacíficas, ordenadas, rítmicas de esta casa y de este pueblo. Piensas en romper con Madrid, en seguir mi ejemplo de retiro... Y de la noche á la mañana vas á dar al traste con todas esas adquisiciones, que son tu salud y tu felicidad para mientras vivas, por el empeño de resolver de golpe y porrazo una cuestión que durante siglos ha dividido á las gentes de este país y que precisamente ahora, está apaciguada y á nadie preocupa. Ni me lo explico, ni lo apruebo.

— Sin embargo, tío — interrumpió Juan algo confuso por el giro que tomaba la conversación.

— Déjame acabar — replicó don Vicente. — Luego te oiré. No lo apruebo, porque es tanto como suicidarte, como anular todo el valor educativo del régimen á que voluntariamente acudiste, y con gran motivo por cierto. Y no me lo explico, porque no puedo creer, porque no me cabe en la cabeza que aquí puedas sentir sollicitaciones para volver á inquietudes y desgastes que, si no son como los madrileños, se les parecen mucho. Para mí, es que no estás bien curado, que no has puesto de tu parte todo lo que hace falta, en precauciones y en voluntad, sobre todo en voluntad, para arrojar de ti el veneno que traías y permitir que te domine este campo y esta manera de vivir, que no fallan nunca. ¡No puede ser, no puede ser eso! ¿Qué diferencia habría entonces entre Villamar y Madrid? ¿Cómo puede ser lo mismo, si no te empeñas tú en que lo sea, recibir ó hacer diez visitas diarias, leer ocho periódicos, escuchar cien conversaciones, presenciar veinte injusticias ó veinte necedades ó imprudencias que levantan el ánimo, y pasear por esta llanura y estos montes, contemplar este mar, no leer más que libros de entretenimiento y no muy á menudo, oír á estos patanes que son la pasividad misma ó á nuestro don Felipe que es un manso cordero, y acostarse todas las noches á una hora racional, sin que el ruido de los coches, los pitos de los vigilantes ó el rumor de alguna pelea de matones te despierten y te ex-

citen?... No; lo que hay es que no ayudas bastante, Juan; que no ayudas al medio.

— ¡Pero, tío! — exclamó Juan, á quien las razones de don Vicente habían emocionado, haciéndole ver de pronto un nuevo aspecto de la cuestión. — ¡Si es todo lo contrario! Mi voluntad ha querido desde el primer momento someterse á todas las influencias de este lugar bendito. Mi espíritu se ha abierto á todas las impresiones que emanan de esta Naturaleza y de esta vida, las mismas que ustedes reciben y que les han hecho como son; creo haber sentido emociones completamente nuevas, que sólo una intimidad hondísima con estas cosas puede producir; he refrescado mi ánimo con la sensación de placidez, de calma, que aquí se respira; he llegado hasta el miedo y la repugnancia de volver á lo otro, á lo que dejé, temblando que de nuevo me cogiese el monstruo y me estrujara entre sus brazos; he puesto de mi parte todo lo que he podido y me he acongojado alguna vez al pensar que pudieran reproducirse las tristezas pasadas...

— ¿Entonces, entonces? — exclamó don Vicente, á quien trastornaba la idea de que todo aquello pudiera ser ineficaz. — Es que no es bastante, Juan, créeme, hijo mío, no es bastante; y además, es que no has sabido huir de las tentaciones.

— ¡Tentaciones! — dijo Juan vislumbrando un nuevo rayo de luz en la explicación de aquel aspecto personalísimo del problema, que tocaba á

lo más íntimo de sus preocupaciones. — ¿Pero acaso no son las mismas con que usted está rozándose continuamente y desde hace mucho tiempo?

— ¡Ah! pero yo soy un hombre sano; yo no estoy herido como tú por ese virus de las grandes ciudades, por esa «fiebre americana» de la vida moderna; en mí se embotan las tentaciones de romper la tranquilidad de mi conducta — repuso don Vicente con un ardor que no se dió cuenta de la importancia de lo que confesaba.

— Pues ahí está lo grave, y ahora lo veo claro — exclamó Juan con un acento de tristeza que daba la medida de la amargura que iba llenando poco á poco su alma. — Es que usted y yo somos diferentes, no por la vida que hemos llevado, sino por condición de nuestro carácter. Antes de retirarse usted á Villamar, ha residido muchos años en Levantina. Más ó menos frecuentes y más ó menos abultados que en la corte, habrá usted encontrado allí todos los motivos de excitación, de tristeza, de amargura, de pesimismo que el trato social y las condiciones de la vida moderna llevan consigo. ¿Por qué usted ha conservado su serenidad ante esos excitantes y yo no ante sus análogos? Ha venido usted luego á Villamar, y las mismas miserias é imperfecciones que yo he visto las ha tocado usted, aun más profundamente y con la intimidad que supone la función de tutela que, sin darse usted cuenta tal vez, ejerce aquí. ¿Cómo usted acude á su remedio de una manera y yo de

otra? ¿Cómo no han perturbado su serenidad y la mía sí?

Don Vicente se paseaba por la habitación, visiblemente agitado, contra toda su costumbre. Las razones de Juan desconcertaban sus ideas más firmes. Para él todos los hombres eran iguales, todos los espíritus capaces de llegar á idénticos estados, una vez sometidos al influjo del mismo medio, de la Naturaleza salvadora.

— No creo eso — exclamó. — Levantina no es como Madrid.

— Lo es, tío — insistió Juan, cada vez más seguro de su punto de vista. — Dejaría de ser la humanidad lo que es, si variase á tal punto. Que Madrid tenga vicios propios, enfermedades sociales exclusivas, derivadas de sus condiciones, quizá es cierto. Pero lo fundamental de las pasiones humanas es idéntico en todos lados. Difiere la cantidad; la calidad, no. Los padres de familia suelen decir: «No quiero que mi hijo vaya á una gran capital, porque se perdería», y con eso suponen que en las ciudades pequeñas no hay vicios ni ocasiones de perderse. El hijo se queda y, en efecto, á lo mejor resulta un vicioso.

— En eso estoy conforme — dijo don Vicente. — El que tiene malas tendencias ó mala educación encuentra ocasiones en todas partes, porque en todas partes hay vicios. Pero la cuestión del reposo es muy otra.

— Voy creyendo que no, tío — repuso Juan. — Voy creyendo que los que somos de cierta manera,

encontramos y encontraremos siempre, en todas partes, motivos para vivir intranquilos.

— Pero entonces, ¿de qué serviría el campo, la vida sosegada, el retiro del mundo? ¿Acaso la historia y la experiencia de hoy no dan testimonio de que muchas gentes se han salvado acudiendo á ese remedio?

— Es — concluyó Juan — que probablemente el remedio lo llevaban ya consigo, y sólo hacía falta una ligera ayuda exterior para que hiciese su efecto. De otro modo, ¿por qué unos se curan y otros, como yo, hallan nuevos excitantes en el lugar del reposo?

A pesar de sus afirmaciones absolutas, de lo arraigado de su punto de vista, don Vicente iba notando que se le embarullaban las ideas ante aquellas acometidas de Juan, tanto más fuertes cuanto más expresivas eran, no de un prurito de discutir, sino de una duda que hería lo más íntimo de los deseos de Uceda. Iba á entrar en una nueva serie de explicaciones y distingos que no era fácil presumir á dónde le llevarían; pero el fondo sereno de su carácter y el tacto casi instintivo que una larga experiencia de la vida le daba para resolver todas las cuestiones, le detuvieron á tiempo y le señalaron el camino más seguro para terminar aquella conversación difícil.

— No sé, no sé — dijo — si tienes razón ó no; pero concédeme una última prueba. Creo tener derecho á que me la concedas. Entrégate por unos días, en absoluto, á mi dirección. Prescinde y

aislate de todo. Deja que yo te gobierne y te someta á un plan sostenido. Si fracaso, te devolveré tu libertad y harás lo que te parezca mejor. ¿Aceptas?

— Acepto — contestó Juan efusivamente, expresando todo el ardor con que su alma apetecía hallar de una manera definitiva el reposo que buscaba hacía tiempo.

■■■■■■■■■■